

CEFERINO OLIVE, OTRA VEZ EN BILBAO

* La fealdad de los trenes, hecha poesía y pintura

Que Ceferino Olivé haya vuelto a Bilbao, a la Sala Arte, ha dejado de ser noticia hace tiempo. Porque sus visitas son frecuentes, y sus estancias artísticas, prolongadas. La noticia en Ceferino Olivé es su propio arte, que, siendo siempre el mismo —y eterno, como la sostenibilidad artística—, siempre encierra algo sorprendente, nuevo, distinto. Y lo sorprendente, lo nuevo, lo distinto es lo que constituye noticia.

Ceferino Olivé trae a cuestas de sus espaldas —un poco recargadas, de tanto acarrear arte— la novedad, la sorpresa, lo nuevo. Y la originalidad. Originalidad hasta en la conversación, en el tema sobre el que dialogar.

Después de más de treinta años dirigiendo el magisterio de la pintura al agua, este hombre —«El Pasmo de Reus»— elude siempre la conversación directa sobre el arte, sobre su pintura.

LOS TRENES

—¿Y por qué no hablamos hoy de trenes? —me dice.

Creo que está bromean- do, pues no veo una existencia de parentesco muy sín entre el arte pictórico y los trenes.

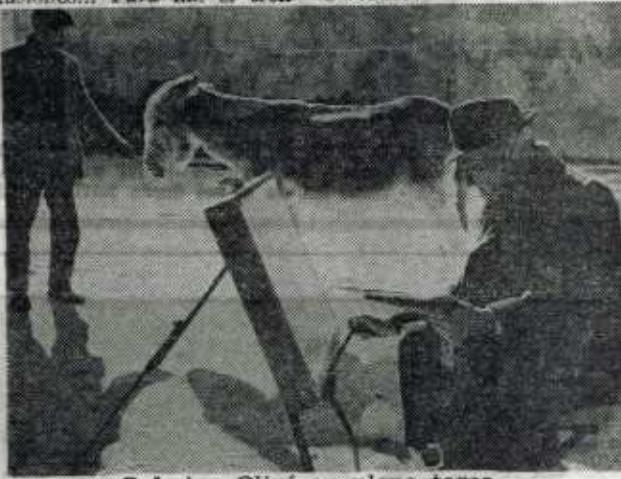
Parece que ha intuido mi pensamiento.

—Son muchas las personas que se extrañan de esta «chalahadura» mia por los trenes. Los trenes tienen un encanto especial, un trazo poético subyacente, encierran toda una «filosofía de melancolía y de tristeza». ¿Has meditado al paso del tren? —Te has dado cuenta que la velocidad es el propio tiempo, o la vida, que en un instante dejá de ser para ser otra vez y para volver a no ser?... ¡El tren! Filosofía y poesía del tren!

—Si, realmente, muy profundo. ¿Y dónde encuentras la poesía del tren?

—Un bilbaíno ilustre me decía hace algún tiempo que el «tema tren» es muy pobre para el arte. Que carece de motivos. Que hay en él escasez de ritmo estético. Que anodina su tristeza y que aburre su monotonía de color. El tren tiene una poesía profunda, que radica precisamente en sus volúmenes cerrados, en su transporte de ilusiones... Para mí, el tren

mos con los trenes. Recuerdo haber visto en un periódico de Madrid, durante la última exposición, la fotografía de un cuadro tuyo que tenía por tema el túnel de Dos Caminos, tomado desde la boca de Cantaclós. Era bellísimo, para qué negarlo. ¿Cómo pudiste pintar aquello, desde un lugar tan oscuro y tan escasamente evocador?



Ceferino Olivé en plena tarea

presenta un tema variadísimo, increíblemente diverso y atractivo. Para pintar, no todo ha de ser vivo de color. También se puede hacer arte —y de hecho se hace— amalgamando los grises con los siens.

Salio el pintor. Pero ustedes habrán comprobado aquél aserto del principio: —«e ja más Ceferino Olivé habla directamente de su...». Lo deduce. Lo deriva. Lo intuye.

Porque ve poesía en lo menos «poetizable», como es un tren.

EL TUNEL DE CANTALOJAS

—Ya que te empeñas, siga.

—Lo pinté desde una horadina de defensa, tan corriente en los túneles. Y tenía como vigilante permanentemente a un guarda-agujas fuera de turno, que avisaba todos los pasos de las cercanías... Por cierto que aquel cuadro se lo llevó la bailarina rusa Tamara Polensky, que estaba actuando en el ballet moscovita en Madrid.

—Los temas de Bilbao y Vizcaya, que tanto prodigias en sus exposiciones por otras capitales, te los adquirirán vizcaínos residentes en aquellos lugares.

—No es corriente —segundo que un «Puerto de San

Antón» expuesto hace unos meses en Madrid fue a parar al bilbaíno don Angel Macazaga; pero los otros siete se los llevaron gentes de distintos lugares de España, pero que tienen y confiesan una enorme devoción por el Bilbao industrial, marítimo, financiero, ciclista, fútbolístico...

EL DEPORTE AL AGUA

—A propósito. Sé que en Valencia presentaste últimamente, en el Círculo de Bellas Artes, varios temas ciclistas.

—Sí, cinco temas, con ciclistas en plena tarea sobre el asfalto, en acción sobre puer... Una carrera ciclista tiene un maravilloso encanto de color, es muy jugoso de líneas. Uno de aquellos cinco temas —en plena lluvia, con un variadísimo juego de grises y vermellos— fue destinado a una colección de temas deportivos.

—¿Cuándo los veremos en Bilbao?

—Lo intentaré para una próxima exposición, y créeme que no me disgustaría limitarla a los trenes, al ciclismo y a la aviación. Son motivos de una atracción pictórica extraordinaria.

Ceferino Olivé es algo increíble. El «Pasmo de Reus» saca tema artístico de una tremenda fealdad. Pero ahí está el mérito: el del embellecimiento de las fealdades.

La pintura —como la novela para la Pardo Bazán— es la propia realidad vista a través de un temperamento. Y en Ceferino Olivé no hay más que temperamento artístico. Un temperamento artístico «sui generis», que podría definirse como «ceferinismo», que suena mejor que «olivismo».

ANGEL VIRIBAY

SEIS NUEVOS DISCOS VASCOS



El mes pasado publicamos una nota sobre la aparición de tres nuevos discos vascos y ahora vamos a dar conocimiento a los aficionados a la música en conserva de la aparición de otros seis nuevos discos. Puede ocurrir que hayan aparecido más, pero lo cierto es que estos seis son los únicos llegados a nuestras manos.

Los discos recibidos y dados con muchísimo gusto, son tres vizcaínos y tres guipuzcoanos.

Los tres discos vizcaínos, o mejor dicho editados en Bilbao por CINSA son los siguientes: «Amestariak» y es el segundo disco de este conjunto guipuzcoano, concretamente de Villarreal de Urrechua, compuesto por Iñaki Arriarán, Xabier Idigoras, Justo Idigoras, Ramón Arbizu y José Luis Mendiola. Este disco se compone de cuatro canciones:

«Martín Luther King», «Go Marchin», canción popular inglesa; «Biatra» y «Bidean Galduak», de Ninna y Frederik.

Son, pues, canciones de tipo protesta o social, la letra es clara y la música muy buena. Una buena salida de este popular conjunto.

«Motrico Txirro Bikotea». Este disco de un conjunto de Motrico (Guipúzcoa) compuesto por Rosita Ojanguren y Eusebio Azcarraga con acompañamiento del conjunto: Luis Sanjuán, Anton García, Txabi Villaverde y Jerry Bilbao, es el primero que lanzan. Las canciones son cuatro: «Loreria Ederrenak», de Ninna y Frederik; «Arrokeria», de Cecilio Pagoaga; «Aita», de Nemesio Echáñiz, y «Zuri Bakarriz», de Ninna y Frederik y Cecilio Pagoaga.

La música es muy melódica, alegre y bien llevada y la dicción del vascuence muy clara. El sentido de las canciones es poético. «Esan zaldiaza zaldiaza ope, maite nauzua pixka bat» (Dime sin facilidades que me amas...).

«EGURROLA». Ya tenemos otra vez entre nosotros al querquies Bitor Egurrola con un disco en homenaje a Ricardo Arregui. Egurrola, él se lo guisa y él se lo come, pues la música y letra es suya. Saliente el arreglo y dirección es de Rafael Fergo. La primera se titula «Gernika-ko Arbola», pero no es la popular de Iparragirre, sino una acusación de que el «Gernika-ko Arbola es da bedetikatua, euskaldunen artean gustu aizluta», o sea que no es amado por los vascos, sino olvidado. Lo atribuye al fondo jan eta bizi gozten lotara, es decir, que la gente se preocupa del dinero, de comer y de beber y no quiere preocupaciones.

«Andereak» es un homenaje a las chicas trabajadoras en el silencio de los pueblos. «Txalota dalgun danok, euren tan iriña».

Los otros tres discos son de la editorial Herri Gozogoa, de San Sebastián. Son como todos los guipuzcoanos, de alto nivel intelectual y se inclinan hacia el versolarismo, fenómenos de marcado carácter guipuzcoano y que tanto cultivan y tan bien en aquella provincia.

«ENERAK» es un nuevo conjunto que ha lanzado su primer disco. Una canción es original de ellos: «Baian etz, Zerian egia amets? Gure poza ondora letike erreze» (Pero, no, ¿para qué soñar? Nuestras alegrías pueden desaparecer rápidamente).

Las otras dos canciones son tradicionales: «Soliferino-ko itsua» (El ciego de Soliferino) y «Amas». El rasgo de estas canciones, al ser antiguas, es duro y si no vean la terminación de «Amas», «Zer? Kanta tu gaberik behar niz, ba, egon? Hil direnari kantuza es ote zaie on?» (¿Qué? Debo estar acusado sin cantar? ¿Es que a los muertos acaso no les agrada el cantar?).

«IRIGARAI». Otro disco de uno de los del famoso conjunto «Ez dok amairu», José Angel Irigaray. Buena voz, excelente música y profundo contenido.



«Ura dakkaren» (Lo que el agua trae), «Begirako» (Los ojos), «Herri behera» (Ribera), «Mina eta Grinia» (Dolor y Pasión).

«JUAN MIGUEL», este Juan Miguel es de Pamplona y también se apellida Irigaray, pero es nieto del famoso médico y roscón de Pablo Fermín Irigaray, que ahora hace cien años que nació.

Las cuatro canciones son de tipo versolar. «Haizean dabilas» (Vuela al viento), de Bob Dylan: «Emaize bat Nahi euen» (Quería una esposa), de Yarrow Stookey, «Zer Nahi zu Gabe» (Qué soy sin ti), de Luis Aragón-Jean Ferrat y una original de Juan Miguel «Arkitzea» (Encuentro). Esta última es un poco ingenua si bien la salva el buen gusto al cantarla.

Atiendan el final. «Nik maite zaitut, bithozean isain betikoa» (Te quiero, siempre estarás en mi corazón).

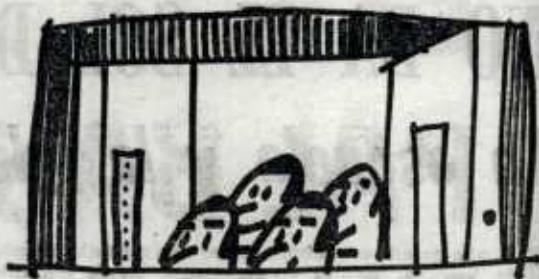
En conjunto, como podrán observar, no hay canciones populacheras. Toda quererán decir algo. ¿Lo consiguen? Eso el público lo dirá comprándolos. El pase por taquilla es el índice más apreciable en estos casos.

MUNITIBAR

De cuando en cuando

CUATRO HOMBRES EN UN ASCENSOR

(“DRAMA” DE LA VIDA REAL)



En el ascensor, cuatro personas: un periodista, un viajante, un empleado y un impresor. Los cuatro bajan en esa cabina cuyo ruido aún se oye con música de fondo hasta que de pronto... ¡Chask!

El ascensor se detiene entre dos puertas. Un silencio angustioso sucede al interrumpido rumor del motor. Son las dos de la tarde y ya no hay nadie en el edificio.

Los cuatro hombres encerrados en la cabina comienzan por apretar un botón, después otro, luego todos los demás. Incluso el timbre de alarma. Inútil. El timbre de alarma tampoco funciona.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta el empleado con cierta inquietud. Yo tengo que ir a comer para volver a trabajar a las tres y media...

—A lo mejor es que se ha quedado en un punto muerto, dice el impresor, que es el que más acostumbrado a tratar con máquinas. Si saltamos todos a la vez quizás podamos moverlo un poquito y hacerle andar.

La sugerencia no es bien recibida. Todo el mundo considera una cabina de ascensor como una delicada pieza y prefieren dejar los saltos para cuando regresen a tierra firme.

El viajante, que es hombre de acción, se impacienta y con cierto nerviosismo comienza a presionar timbres y más timbres.

—No se moleste, dice el empleado. Todo es inútil...

La palabra inútil queda cortada por un brusco movimiento de la cabina, que da un salto hacia abajo. El hombre quita el dedo del botón como si quemara.

—Siga, siga, le animan todos. Vuelta a apretar el botón y otro salto hacia abajo. El ascensor tiene por lo visto el motor tartamudo y así, a saltos, como las ranas, va bajando poco a poco. La escena, en medio de todo no deja de ser grotesca, porque los saltos del ascensor obligan a hacer movimientos de baile sicológico y el horne no está para bollos. Ni el ascensor para bailes.

—¡Animo, que ya llegamos a la puerta!

Y, en efecto, llegan a la puerta, pero allí les espera otra desilusión. La puerta tampoco funciona.

El periodista se encampa:

—¡Escribiré un artículo contra los ascensores...!

—Ustedes —dice el empleado, malhumorado— todo lo resuelven escribiendo artículos. ¡Como si alguien hiciera caso de sus artículos!

—¡Subimos! ¡Subimos!

La voz jubilosa del viajante anima al grupo. El hombre sigue empeñado en tenerle confianza a los botones y uno de ellos funciona. La cabina sube hasta el piso número siete y allí se detiene.

El grupo se queda en silencio. En todas las mentes oscurilla la misma incógnita: ¿funcionará la puerta?

Por si acaso, el representante del cuarto poder pretende hacer uso de unos privilegios sospechosos:

—¡Los periodistas primero!

La puerta funciona, se abre y los cuatro hombres salen de un salto a la tierra firme del descansillo y se abrazan con efusión entre enhorabuenas y parabienes, haciendo el propósito de bajar andando.

De pronto, el empleado, que —desmintiendo una vieja e injusta tradición— resulta ser el más audaz del grupo, propone:

—¡Miren. Ya funciona. ¡Por qué no bajamos?

El periodista, por aquello del prestigio profesional y por los siete pisos, se apunta:

—Venga. Vamos.

Y ante la mirada expectante de los dos desertores del grupo, empleado y periodista entran en la cabina y aprietan el botón.

El ascensor, que se ha cansado, por lo visto, de ser formal, vuelve a las andadas y, saltando, saltando, saltando hacia abajo, se queda entre el piso cuatro y cinco. En la cabina reina un silencio de sepulcro, mientras que por la escalera suenan unas carcajadas de esas que se califican con el adjetivo de despijorantes.

Cuando los dos rescatados llegan al portal, duelen entre irse a casa o echar una mano a los prisioneros. Al fin, los sentimientos humanitarios triunfan y, a falta de recursos más ortodoxos, el viajante pega una patada en la puerta metálica.

El ascensor es como los colchones y las mujeres sin promoción: se ablanda al paso y baja sumiso y runroneante mientras el viajante subraya el éxito con una frase de antología:

—¡No te amuela, el tío...

Los cuatro protagonistas de la aventura están ya en la calle. Hay en el grupo su maja de pitirreto:

El impresor, con una sonrisita socarrona, propone:

—¡Subimos otra vez!

Pero no es cosa de dejarse pisotear el amor propio impunemente. El periodista, por aquello que hemos dicho antes, se hace el duro y responde al reto.

—Si me dejan ir a buscar una botella de vino y unos naipes, trato hecho.

Pero su fanfarrónada no tiene el resultado apetecido. El pitirre aún continúa cuando los cuatro se despiden para irse a su olivo:

—No olvide escribir el artículo sobre el ascensor —le recuerda el viajante desde lejos.

Y no lo he olvidado, como pueden ver. Lo prometido es deuda.

OLMO